

VARIACIONES

*Si es arte, no es para todos,
y si es para todos, no es arte.*

Arnold Schönberg

Un fuego en puntadas e hilvanado hacia la parte superior, como llamaradas saliendo desde la zona en la que el lienzo se extinguía en la madera. Un espacio neutro del color de la tierra árida en la parte central, lleno de gránulos microscópicos.

Si alguien se hubiese acercado con la punta del dedo humedecido para chuparlo, se habría dado cuenta de que parte del cuadro estaba hecho con las especies caducadas de mi cocina, pero era una feria de arte contemporáneo y jugar con las texturas y con la confusión del espectador, era todo lo que tenía que hacer para ganar dinero.

En la mitad superior utilicé telas sobrantes de ropa vieja, calcetines y algún calzoncillo recortado con las tijeras. Desde la línea que había en el suelo y que marcaba el límite para acercarse a las obras, cobraban una dimensión figurativa, como de pájaros queriendo escapar de esa especie de infierno. Lo llamé *Ciudad en Llamas* para permitir a los espectadores dotar de significado a aquella obra que por sí misma no explicaba mucho. Tal era la capacidad sugerente del título que estaba convencido de que, de haberle dado la vuelta, con las llamaradas apuntando hacia los zapatos del público, la mayoría de los asistentes habría interpretado lo que veía de la misma manera.

El cuadro estaba situado justo después de una serie de lienzos de un artista consagrado de la región de Calabria: Rino Palazzini, y había sido señalado como pieza única y de artista anónimo.

FEART, a diferencia de otras ferias de arte contemporáneo, permitía a los participantes mantener el anonimato. Algunos de los creadores de años anteriores lo habían solicitado para que se valorara la obra por sí misma y no por el nombre del artista. FEART lo consintió; a cambio, solo había que ingresar tres mil euros por la inscripción de la obra y que esta fuese señalada en subasta antes de que transcurrieran tres días.

Estuve sentado durante horas en el banco que estaba colocado frente a los óleos del artista calabrés. No entraban en subasta, tenían un precio fijo, el cuadro más bajo se valoró en doce mil euros. Era un lienzo en blanco y unos copos azulados caían llovidos desde la parte superior derecha hacia un cubo metálico de basura.

Cientos de personas pasaron por la sala hasta que, veinte minutos antes del cierre, uno de los comisarios se detuvo delante del cuadro de los copos que caían y puso una pegatina de obra vendida junto al título. Palazzini acababa de venderlo por doce mil euros.

A la vista estaba que el hecho de que estuviera tumbado y fumando en el sofá de su casa en Calabria, no le confería ninguna desventaja con respecto a la guardia que yo había montado frente a mi obra; más bien todo lo contrario.

El comisario se alejó, llevaba tres carteles más y los pasaba de una mano a otra como si los estuviera ordenando mentalmente. La sala se quedó vacía. Fui hacia mi cuadro y arranqué uno de los trozos de tela que simulaba aves apocalípticas en la composición y que estaba empezando a desprenderse. Se descubrió un trozo de lienzo virgen, de un blanco doloroso, y utilicé el pulgar para arrastrar un depósito de pintura que todavía rezumaba en la parte central de la obra. Con un borrón unté la

zona nueva para que no se notara la acción improvisada. El resultado no distaba mucho del original.

Fui hacia el baño pensando que debía de cambiar el nombre por el de "Variación". Antes de entrar, solté el trozo de tela en una de las papeleras. Por la rugosidad en la yema de mis dedos debía de ser una parte de calcetín. Me lavé las manos. Cuando el agua se llevó la pintura, tiñó la loza de un cobre que se fue degradando hacia el color de la orina que poco después dejé caer en el váter.

Fui el último en salir de la Feria.

Había guardado unas latas de conservas en el interior de una caja de cartón de la habitación de mi apartamento. No había cobrado mucho por los muebles, ni siquiera una cuarta parte de lo que pagué por ellos al llegar. Me dieron un poco más por el metal de los enseres sobre los que cocinaba: sartenes, cacerolas y una cubertería de acero inoxidable. Lo suficiente para poder pagar el registro de entrada de la obra que presenté en FEART. Terminé de comerme aquella ensalada italiana que bien podía pasar por una ensalada mejicana de haber tenido un punto más de pique, y fui a tumbarme en las dos mantas, sobre el suelo de mi habitación.

Desperté a las dos de la madrugada. Podía ver una parte de la luna a través de una grieta en las lamas de mi persiana. Me levanté y miré por el agujero como si se tratara de un telescopio o la rotura en el centro de una oblea. La luna estaba fresca, como si acabara de comerse otro satélite; blanquecina e iluminada y se derramaba hacia los lados rompiendo la simetría perfecta del círculo suspendido en el vacío. ¿Qué debía de sentir alguien que en ese momento caminase por su superficie; alguien que viese desde arriba el punto tenuemente iluminado de la llama de la vela en el interior de mi dormitorio? Tal vez respondiera a esta cuestión en uno de los sueños después de quedarme dormido. Tal vez las posibilidades de ver desde allí la luz vibrando en mi habitación eran las mismas de que alguien pasease a esas horas por su superficie.

De camino a FEART pasé por un Starbucks, la chica que lo atendía estaba rellenando las máquinas y aproveché para coger algunos de los vasos que había en el mostrador y mezclarlos en uno solo. Estaba frío y amargo y no pude tomarlo entero, así que deposité el vaso en la papelera de entrada a la feria antes de dar una sacudida con mi cuerpo y dejar que lo atravesara un escalofrío.

Caminé por las salas sin mirar a los lados. Sabía que, si lo hacía, terminaría influenciado por las imágenes y retocando mi propia obra en el momento en el que nadie la vigilase.

Otro de los cuadros del artista calabrés tenía la etiqueta de vendido.

Cogí el catálogo de precios, costó veinticuatro mil euros, el doble que la anterior. Su título: *DOS*, podía interpretarse como una continuación. También la temática. Intervenían los mismos elementos: unos copos de nieve, cubos de basura y una parte extensa de dos metros por dos de un blanco puro, construida por la alternancia porosa de la tela y el vacío de color en la superficie del lienzo. La diferencia

con el cuadro que se había vendido la tarde anterior, era que, en este, los cubos de metal caían invertidos desde la franja superior derecha hasta una montaña de copos de nieve disueltos en la cúspide en una ligera superficie cristalina de agua.

Un turista holandés se detuvo frente a mi obra y tomó un par de fotografías. Luego hizo otra más del título mientras el resto del grupo hacía lo mismo con las de Palazzini. Una de las chicas salió escupida por la aglomeración del grupo. Se sentó y dejó la cámara a mi lado, entre su muslo y el mío.

Solo hay ojos para ese artista, le dije sonriendo. Ella cogió la cámara e hizo una foto de mi figura en el banco.

No te entiendo, dijo en un inglés extraño después de sonreír.

Abrí los dedos de la mano izquierda e hice una señal para marcar el grupo de turistas que se agolpaban alrededor de los copos de nieve y los cubos de basura y, luego, cuando terminé, señalé con un dedo al holandés que tomaba fotografías de mi cuadro. Me sonrió mientras enhebraba el asa de la cámara a través de su cabeza para dejar caer la base contra su pecho discreto, vagamente puntiagudo, casi imperceptible.

De rodillas comenzó a tomar fotos de mi cuadro en vertical, en horizontal. Se alejaba y se acercaba para capturarlo desde diferentes perspectivas.

Otra holandesa se acercó para interesarse. Después de tomar unas imágenes, se frotó la yema de los dedos para señalar el dinero que debía de costar. La chica que había estado sentada a mi lado tenía un catálogo desplegado entre las manos. Pude escuchar la palabra *veiling* mientras veía la rugosidad morada de uno de sus pezones en la camisa. Se transparentaba por la claridad que llegaba desde una de las cristaleras. Soltó el libro de precios en su lugar y siguió caminando hasta la sala contigua.

Pasaron los turistas como los minutos de la mañana y llegó una tarde ceniza a través de los ventanales del edificio. Pasó el comisario entre las paredes de exposición y mi figura erguida en el sofá de la sala. Llevaba pegatinas de venta, pero no se detuvo en la sala.

Ocho de la tarde. Salí de FEART sin haber conseguido un precio de inicio de subasta.

Me quedaban unas veinticuatro horas para que el cuadro fuese retirado por los comisarios y todo hacía prever que había malgastado el dinero percibido por el mobiliario y los enseres de mi apartamento en la inscripción de la obra. ¿Cuánto tiempo habría podido mantenerme con ese dinero? ¿Cuánto tiempo, en definitiva, tardaría en coger el teléfono y llamar a casa? Caminé por las calles, me cubrí la cabeza con la chaqueta para protegerme de la lluvia. En otras circunstancias, al llegar al apartamento me habría dado una ducha con agua caliente, pero hacía unos días que no podía disponer de ella, así que me desnudé, cogí una de las dos camisas limpias y sequé mi cuerpo con ella hasta que la humedad absorbida por la prenda me mojó de nuevo.

Abrí la ventana, y sin sacar nada más que los antebrazos para sujetar la camisa, la estrujé a la luz bronce de la farola que quedaba frente a mi dormitorio. Un chorro de

agua más abundante que la propia lluvia, como un caño procedente desde una tubería, cayó en el firme de la acera, cerca de dos ancianas bajo sus paraguas de flores mustias. Cerré la ventana y me metí desnudo entre las mantas.

Me desperté con la luz gris de la mañana. Había dejado de llover, solo gotas en el cristal y los coches con las luces parpadeando en la avenida. Me vestí con la única camisa limpia y seca que me quedaba, las otras dos estaban secándose colgadas en los pomos de la puerta de mi habitación.

El comisario había pasado por la sala para dejar señaladas el resto de las obras de Palazzini. Mi cuadro seguía allí, ni una sola puja por él.

Regresó, llevaba un bastidor en cada brazo, me asomé a la sala de la que venía y vi los dos huecos marcados por el blanco de la pared. Probablemente se trataba de dos de las piezas en subasta que no habían sido señaladas con una puja inicial. Tenía el vago recuerdo de haberlas visto allí colgadas el día que presentaron mi cuadro.

Volví a la sala y calculé las ganancias del artista calabrés. En total: noventa y tres mil euros por aquella serie de cinco lienzos. Ni siquiera fui capaz de distinguir con precisión qué era lo que quería decir, ni cómo hilar dos focos temáticos tan distintos como los cubos metálicos de basura y el aguanieve que se acumulaba en todas las pinturas con una disposición triangular. De haberlo sabido, habría apostado por algo parecido a lo de Palazzini. No tenía la técnica de un profesional, pero ese nivel era alcanzable con unas buenas nociones como las que tenía. El problema era que, a pocas horas de que retirasen mi cuadro, poco podía hacer ya.

Pensé en introducir mi composición entre las suyas, pero la diferencia temática y estética suponía una ruptura suficiente como para que pasara inadvertida a los ojos de cualquiera de los comisarios de la feria. Opté, por lo tanto, por cambiar el cartel que la anunciaba.

La amenaza de lluvia disminuyó considerablemente la asistencia de público y, por momentos, la sala permaneció vacía. Aproveché uno de los ratos de soledad para operar con diligencia y hacer un cambio, retiré el cartel de Rino Palazzini que quedaba en el lado opuesto de mi cuadro e hice una permuta justo antes de que un grupo de estudiantes universitarios entrara en la sala. Me senté de nuevo en el banco con la misma disposición y la misma postura erguida. Mi presencia continuada siguió sin darme ninguna ventaja con respecto a Rino, más bien todo lo contrario: tuve que soportar la burla de aquellos universitarios mientras él estaría bebiendo una copa de champán frente a su chimenea.

Salí por el acceso de la cafetería y agarré disimuladamente el dinero de una bandeja metálica que habían dejado en la mesa como pago de una comida.

Me dirigí hacia el exterior. Por alguna especie de creencia infundada supuse que la obra sería señalada en mi ausencia y puse todos mis esfuerzos en disfrutar de un par de sándwiches vegetales pagados con el dinero que había cogido de la mesa del restaurante. De regreso al museo, pasé por el Starbucks para comprar un café con un poco de crema de leche y azúcar. Estaba delicioso.

Las aceras seguían mojadas y me entretuve tratando de secar mis zapatos en la gran alfombra de entrada de FEART. En un ritual delicado y ceremonioso con el que trataba de dignificar mi figura de artista.

Me crucé con uno de los comisarios. Estaba retirando algunos lienzos que no habían sido señalados en subasta. Al menos el mío seguía expuesto...

Mujer con flores.

Escolares haciendo muecas.

Bodegón de viejas no tan imberbes.

Comisario con cuadro.

Señora al temple.

Gabardina sobre figura.

Experto en arte contemporáneo que se acerca a comprobar, incrédulo, si eso de ahí es un Rino Palazzini.

Jubilados al atardecer.

Me entretuve en mi banco poniendo nombre de cuadros a las personas que pasaban por delante de mi obra o se detenían fugazmente en ella.

Últimas horas de mi existencia como artista plástico.

Ese era el título que me había faltado por poner. Sin duda, la lluvia había alterado el perfil de los asistentes a FEART. También afectaba el hecho de que fuera martes. Era el momento de hacer variaciones en el planteamiento si todo seguía igual.

En el bolsillo, tenía el dinero suficiente para pillar un bocadillo y un billete de regreso que me llevase hasta casa. Al menos tenía el convencimiento de que mamá se alegraría al recibirme después de tres años.

Relajé mi postura erguida en el banco encajando la cabeza entre los hombros, con una mano en la barbilla y la otra en el bolsillo en el que guardaba las monedas y la llave solitaria de mi apartamento. Las moví hacia arriba y hacia abajo en la palma de mi mano haciendo que la aleación de los metales tintinease bajo la tela de mi pantalón. Eran las seis y media, todavía me quedaba más de una hora de exposición. El comisario cruzó con uno de los cuadros de otra sala.

Alguien ha cambiado las señales entre esos dos artistas, le dije. Si se da cuenta, la temática es diferente, pero el nombre es el mismo.

Han venido muchos escolares, contestó apoyando el lienzo que llevaba en la mano entre el suelo y la pared, antes de proceder al cambio.

¿Por cuánto va la puja?, pregunté señalando uno de los fragmentos de calcetines que hacía las veces de pájaro informe.

No ha sido señalada, en breve la retiraremos, contestó con un tono de voz que denotaba cierto esfuerzo en su inclinación por coger el bastidor del suelo.

Salí a la calle. El tiempo no había mejorado y, aunque seguía sin llover, el viento que azotaba en rachas levantaba la humedad de los charcos en la acera. Caminé hasta el Starbucks más cercano y pedí que le pusiera mucha espuma a un café largo.

Paseé por uno de los parques de la ciudad. Castaños sin hojas, naranjos recortados en cilindro, ficus y almendros sin flor. ¿No habría sido más coherente haber pintado esos árboles y tratar de venderlos en el mismo parque? Con la misma inversión podría haber sacado más dinero, no necesitaba ser un profesional de la pintura para hacer algo decente que cualquier persona pudiera colgar en el salón de su casa.

Regresé por la acera, junto a la avenida llena de vehículos, con las primeras luces titilando con dioptrías en los charcos de la tarde noche. Quedaba media hora para que sacaran mi obra de FEART. Quedaba una hora para volver a llamar a casa y, aún así, después de tanto tiempo en la ciudad, prefería volver a ver la cara de papá que tener que llamar a mi jefe en el trabajo y admitir una serie de errores que no había cometido y que no estaba dispuesto a asumir. Fred, un compañero, no paraba de repetir que el orgullo estaba bien, pero que una salchicha era una salchicha. No le hice caso. Metí las manos en los bolsillos y caminé dispuesto a comer esa ración de orgullo que podía mantenerme durante horas.

Localicé a uno de los comisarios e hice la puja mínima. Presenté un número de cuenta falso. Tenía veinticuatro horas para hacer el depósito efectivo y estaba plenamente convencido de que, en el mundo del arte contemporáneo, un pequeño empujón daría confianza a otros inversores para decidirse por mi obra. En poco tiempo, las pujas se irían arriba; de no ser así, tan solo perdería la posibilidad de seguir exponiendo en la feria y los tres mil euros que me había costado el registro de participación.

Me senté en el banco, frente al cuadro. Uno de los comisarios acudió para señalarlo. *Obra en subasta. Precio actual: cinco mil euros. Duración de la puja veinticuatro horas. 19:52.*

Fui hasta casa atravesando el parque, el aire agitaba las hojas de los castaños en el suelo y las levantaba como alas de insectos grandes hasta la altura de mis rodillas. El casero estaba en la puerta, negocié con él la salida de mi apartamento, conseguí que me diera un día más con la promesa hecha de que había posibilidades reales de recuperar el trabajo. No puso impedimentos, solo me pidió entrar en él para comprobar el estado de salubridad del mismo.

Me ofendió que lo hiciera. No tenía dinero, pero eso no significaba nada más.

Movió las telas sobre las que había estado trabajando en el cuadro y olisqueo algunos grumos de óleo sobre un trozo de cartón. Cogió el bote de paprika que había en el suelo, agitó los gránulos en el cristal y los miró a través de una de las luces que colgaban de unos cables del techo. Lo dejó en su sitio y se marchó.

La camisa todavía estaba mojada cuando desperté, pero siempre era mejor que repetir. La del día anterior tenía una mancha grasienta a la altura del riñón por un mal bocado a mi sándwich vegetal.

Entré en FEART y me dirigí directamente hacia el baño. Allí me quité la camisa y pulsé el botón del secador de manos para calentarla, luego hice lo mismo con mi cuerpo. Un hombre con una gabardina y sombrero entró a lavarse las manos y no dejó de mirarme disimuladamente; podía ver sus ojos en el espejo, grises y semiocultos por el ala de su sombrero.

Me dirigí hacia el banco con un calor en el cuerpo que me hacía sentir bien por primera vez en una semana. Me senté para observar a la gente en la zona de mi obra durante todo el día como si fueran cuadros a los que debía ponerles nombre.

Incondicionales japoneses de Rino Palazzini.

Comisario en movimiento.

Padre con niña.

Mujer incrédula señalando puja de cinco mil euros por un cuadro.

Fumadores deseando salir a la calle.

Mujer con falda y piernas arqueadas.

Pareja de separados visitando ferias que no visitarían nunca con su pareja anterior.

Maestra enseñando a escolares.

Escolares escuchando a maestra desde el suelo.

Bastón, reloj de bolsillo y chaqueta.

Comisario retirando obra de la puja a las 19:52.

Me levanté y fui hacia el hueco de la pared que había dejado mi cuadro. El espacio era más bello que cuando estaba expuesto. Arranqué los carteles de venta y el nombre de Rino Palazzini y los dejé caer en pedazos por los pasillos.

En la calle, caminé hasta el teléfono más cercano para llamar a casa.

¿Sí?, dijo cálidamente la voz de mamá.